

MENTALIDAD ACTUAL Y FORMACIÓN CRISTIANA

J. F. SELLÉS

*Planteamiento. Claves de la cultura actual**

Nuestra época es de profunda crisis. Tal vez la más aguda de la historia de la humanidad, y esto a juzgar por dos de sus manifestaciones capitales, las cuales son solidarias: la ruptura generalizada con Dios y el consecuente desprecio de la persona humana. Si se compara con otra época de la historia, se puede asemejar al s. XIV, en el que se dejaron de lado los grandes descubrimientos e ideales del XIII –y el vivir de acuerdo con ellos– por dos pretextos asimismo compatibles: el considerar el conocimiento natural humano como incapaz de alcanzar las realidades superiores (en especial, de acceder a la intimidad humana y a Dios), y postular que, por tanto, tal conocer debe ser orientado en exclusiva a las cosas menores – *naturalismo*– (todos los empirismos posteriores fueron deudores de dicha mentalidad); y, en coherencia con lo anterior, el considerar que la correspondencia humana con dichas realidades sublimes debía dejarse en exclusiva a la fe sobrenatural y en exclusiva para aquellos que libremente la aceptasen; fe que en modo alguno encontraba apoyo en la luz natural del conocer humano –*fideísmo*–¹.

Nuestra cultura es, pues, una mezcla de naturalismo y de fideísmo. Ahora bien, como ambas tendencias suponen una progresiva caída en la ignorancia respecto de la realidad divina y de la íntima o personal, el primero va cristalizando en diversas formas de *materialismo* (hedonismo, biologicismo, positivismo, pragmatismo, culturalismo, evolucionismo, esteticismo...), mientras que el segundo puede ir decantándose en pluralidad de formas de *espiritualismo* (sentimentalismo, fundamentalismo...). Por lo demás, cuando una de estas tendencias se enfrenta a la otra, la primera enarbola la bandera del *secularismo* (característico de la Europa actual), mientras que la segunda ondea la del *dogmatismo* (distintivo del mundo musulmán).

Se trata, por tanto, de una crisis que no atañe sólo a lo *manifestativo* humano, es decir, aquello que es del ámbito del *hacer* del hombre (trabajo, cultura, economía...), ni siquiera tan sólo de una crisis *ética*, esto es, del *tener* del hombre como perfección adquirida por sí mismo (personalidad, hábitos intelectuales, virtudes de la voluntad...), sino, sobre todo, de una crisis *íntima*, o sea, referida al propio *ser* de la persona. En efecto, consiste en una pérdida de sentido personal. Pero como tal sentido es el *ser* de la persona, su merma conlleva una despersonalización, un ir dejando de ser, paulatina y progresivamente, la persona que se es y se está llamada a ser, y esto hasta la privación completa, definitiva e irreversible

* Agradezco al ISCR (Instituto Superior de Ciencias Religiosas) de la Universidad de Navarra la celebración de estas jornadas, así como a D. José Manuel Fidalgo la invitación que me ha formulado para participar en ellas.

¹ “En el inicio de la Edad Moderna hay una mentira: la falsa postulación de la incapacidad humana de Dios: la mentira de declarar ilusorio lo más verdadero del hombre... Basta citar a Guillermo de Ockham... a Maquivelo, Lutero, Bacon, Bruno, Descartes, Hobbes, Locke, revolucionarios segadores de ideales... (de este estilo fueron también –señala el autor– Kant, Hegel, Marx, Nietzsche, Darwin, Freud, Heidegger...)”. POLO, L., *Presente y futuro del hombre*, Madrid, Rialp, 2ª ed., 2012, 96-98.

del ser personal. Atendamos brevemente los tres ámbitos humanos aludidos a los que afecta la crisis.

a) Desde luego que hay crisis en las *manifestaciones* humanas. Por eso cabe decir que hay crisis *ecológica*. Crisis asimismo de la *vida*: léase aborto, eutanasia, manipulación genética, hambres injustas, muertes por enfermedades con remedio. Crisis *económica y financiera*. También crisis de *cultura* (la mayoría de nuestras expresiones artísticas no pueden competir, ni en belleza ni en celebridad, con las clásicas). Crisis *lingüística*: baste aludir a la pobreza del lenguaje de buena parte de la población, en especial, de la que constituye el futuro de la humanidad: la juventud. Crisis *educativa*, pues a nadie parecen convencer los métodos de enseñanza de nuestras escuelas. Crisis en *los medios de comunicación* social, pues, más que aunar la población civil, fomentan la escisión ciudadana. Crisis en *los partidos políticos*, ya que su asiduo recurso a los pactos denota falta de vinculación humana y social. Crisis de las *ideologías* modernas. Crisis sociales producidas por *guerras*, de las que el s. XX ha dado sobrados y espeluznantes ejemplos y que siguen vigentes en el XXI. Crisis de *derecho* y de *poder*, es decir, de *gobierno*, y esto a nivel nacional e internacional. En síntesis cabe decir que están en crisis las tres bases o agentes del cambio en la sociedad civil: la *familia*, la *universidad* y la *empresa*².

b) Hay también crisis *interna en las que deberían ser perfecciones en lo común de lo humano*. Así, sobreabundan las crisis (alteraciones) de *personalidad*. Crisis de *hábitos* intelectuales: no es sólo que no se tengan, es decir, no es sólo cuestión de ignorancia especializada, sino de que la mayoría se consideran inteligentes y sin necesidad de aprender. Atravesamos una *crisis en las corrientes de pensamiento*, pues sus representantes ni siquiera entienden lo pensado por sus precursores, se limitan a añadir nuevas metodologías, perífrasis a los textos anteriores o a combinar diversas tesis habidas. Pasmosa crisis de *virtudes* de la voluntad, sin duda, mayor que en épocas pasadas, incluso la de nuestros padres. Crisis de *afectos*, pues los altibajos sentimentales son cada vez más frecuentes y no sólo en adolescentes; a la par, son también cada vez más patológicos. Que esa fluctuación mina la estabilidad y desarrollo matrimonial y familiar, es asimismo patente. Crisis de *autoridad* por parte de padres, maestros y dirigentes. Crisis de *convicciones sociales* a falta de ideales comunes. Crisis *ética*, la peor de las de esta zona de lo humano, pues es el origen de las demás y la que las aglutina.

c) Y, sin duda, contamos con una aguda crisis de *intimidad* o de *corazón humano*³. Esta radica en la ausencia de *sentido* personal. El hombre no sabe quién es ni quién está llamado a ser. Se trata de una carencia de sentido de la libertad personal humana y, sobre todo, en una falta de conocer y amor personales, los cuales tienden a ser sustituidos por los sentimientos. Esta crisis íntima se halla asociada asimismo a una carencia en el conocer sobrenatural, a saber, con la falta de *fe*. A continuación se intentará describir la crisis del conocer personal; más abajo, la de la fe cristiana, que es, ante todo, un nuevo modo de conocer; por último, se ofrecerá una propuesta de solución para superar ambas deficiencias.

1. El débil estado actual de la formación filosófica

² Cfr. al respecto mi trabajo: *Los tres agentes del cambio de la sociedad civil: familia, universidad y empresa*, Madrid, Eiunsa, 2013. Cfr. para más abundamiento en una de ellas, mi trabajo: *Riesgos actuales en la universidad*, Madrid, Eiunsa, 2010.

³ Cfr. si se desea abundar en las dimensiones de la intimidad humana, mis trabajos: *Antropología para inconformes*, Madrid, Rialp, 3ª ed., 2012; *Antropología de la intimidad*, México, Minos, 2013.

El pensamiento está en crisis cuando se nota que las bases o convicciones desde las que se vivía ya no son fecundas, ya no inspiran, ya no son suficientes para resolver los problemas personales, laborales, sociales que, por otra parte, se van acumulando y son cada vez más complicados. Entonces los hombres incurren en la perplejidad y la falta de orientación de cara al futuro. Esta actitud muestra que la verdad ya no inspira; que faltan grandes ideales a largo plazo. Se pueden destacar tres rasgos de esta carencia:

a) *La renuncia a la verdad.* Nuestra época es de crisis de pensamiento porque se renuncia progresivamente a la verdad, y no sólo a las grandes verdades de fondo, las capitales, las que más atención exigen, las que personalmente más comprometen, y que implican otras muchas facetas de la vida humana, sino incluso a las pequeñas. Pero renunciar a la verdad no sólo no soluciona nada, sino que se corre el peligro de acabar en una dictadura de la voluntad o del capricho, porque lo que queda después de suprimir la verdad es simple decisión arbitraria. Así se acaba considerando que todo debe someterse a la elección humana. Sin embargo, esta actitud perjudica, en primer lugar, a quien la adopta, porque el hombre que no reconoce la verdad y la subordina a sus intereses se envilece, lo cual se manifiesta en que su trabajo deviene rutinario, sin profundidad; y, en segundo lugar, perjudica a los demás, ya que sin el norte de la verdad no se respeta a las personas, sino que se tiende a utilizarlas, lo cual impulsa a la despersonalización.

Si se pregunta desde cuándo estamos en esta situación de debilidad de pensamiento, habría que responder que desde hace bastante tiempo. De entre quienes han atendido al problema, unos se remontan incluso al fracaso de los grandes sistemas filosóficos modernos del s. XIX (el *idealismo* de Hegel o el *voluntarismo* de Nietzsche). Otros dicen que el asunto se agravó tras la situación europea posterior a las guerras mundiales del s. XX, cuando se hablaba de *kulturcrisis*, que en filosofía se manifestó agudamente con el *existencialismo*. Sin embargo, seguramente nuestra época, llamada en filosofía *postmodernidad*, es la da otra vuelta de tuerca a esa problemática situación. En efecto, en este movimiento europeo, que se expande por el mundo, todo se considera relativo, y llama *intolerante* a quien dice conocer y defender pacíficamente la verdad sin vuelta de hoja. Ahora bien, el *relativismo* manifiesta su propia ceguera teórica y práctica: teórica, porque es contradictorio, pues si todo es relativo, también esa tesis lo es; práctica, porque si tal opinión es tan deleznable como las demás, ¿por qué se mantiene con tanto empeño?⁴

b) *La ignorancia respecto de la intemporalidad de la verdad.* El pensar humano ‘de fondo’ ha sido siempre errático, pues no en todo tiempo lo ha habido, ni se puede asegurar que lo haya. Recuérdese que la filosofía nació en un momento concreto de la historia en un escenario reducido de la Grecia clásica; no existía antes, y tampoco entonces en otros lugares. Tampoco después se ha dado en todos los sitios y épocas, y desde luego, en las que se dio, no ha existido con la misma altura. ¿Por qué comenzó? Porque unos pocos hombres se dieron cuenta de que la *verdad* no está sometida al tiempo. Al advertir su intemporalidad, notaron que en el hombre hay algo que no es temporal, precisamente esa dimensión humana que se corresponde con la verdad. Este hallazgo les llenó de admiración y les llevó enseguida a pensar en la *inmortalidad* humana, es decir, en el *destino* del hombre, asunto que les animó poderosamente a ellos y a quienes les siguieron.

En cambio, las épocas de crisis del pensamiento están caracterizadas porque los ‘intelectuales’ se centran en exclusiva en asuntos humanos temporales, sociales, es decir, prácticos e instrumentales. De modo que su pensamiento vuela en

⁴ Cfr. para advertir, de modo breve y sencillo, que todas las críticas contra la verdad son siempre autocríticas que se anulan a sí mismas, mi trabajo: *En defensa de la verdad*, Piura, Universidad de Piura, 2011.

corto y adolece de inspiración. Ya no se preguntan por el *fundamento* de lo real, ni tampoco por el *destino* humano, asuntos ambos al margen del tiempo físico. Por su parte, los periodos aún más críticos que llevan a la agonía del pensar han sido aquéllos en que se ha intentado acomodar la verdad a los intereses subjetivos y temporales, tarea fácil, pues lo difícil es defender la verdad de modo sereno. En esos periodos se pretende primero una mezcla de verdad y error, pero como de esta aleación quien sale perdiendo siempre es el metal más noble, la verdad, después se acaba por ponerse al margen de ella, negarla o cambiarla por asuntos pragmáticos que interesan en el momento.

c) *Trueque de la verdad por sucedáneos útiles*. En la actualidad estamos en un periodo de crisis porque casi nadie se juega su vida por la verdad. En consecuencia, la verdad no inspira al común de los mortales y, por tanto, la vida carece de relieve y deviene mediocre. En efecto, a nivel personal, hoy se cambia la verdad por el bienestar, el éxito o el prestigio social, el aplauso de la opinión pública, los intereses; y, a nivel público, es claro que hoy se antepone el consenso a la verdad. La retórica, que deja paso a una sofística bien aderezada, sustituye a la verdad. No se habla al intelecto, sino que se persuade al sentimiento. No anima la verdad, lo que conlleva que, a quién así procede, le acabe interesando sólo lo momentáneo.

El prevalecer de la *razón práctica* sobre la *teórica* indica asimismo que se está en una época de crisis de pensamiento, porque no se nota que el conocimiento es anterior a su comunicación a la acción humana. Basta una simple enumeración de las corrientes actuales de la filosofía (*pragmatismo, hermenéutica, fenomenología, filosofía analítica, decostruccionismo...*), o también de los temas prioritariamente atendidos por ellas (pluralidad de éticas y políticas, formas de inteligencia artificial, relaciones mente-cerebro, metodologías, estadísticas,...), para advertir enseguida que todas ellas son formas prácticas del razonar humano. Lo que sucede en estas corrientes de pensamiento es no sólo que se desatiende lo *nuclear* del hombre, sino que se hace trizas la concepción unitaria de las diversas *manifestaciones* humanas: la *síntesis*.

En efecto, vale decir que todas las crisis comportan falta de unidad. ¿Por qué no la hay? Porque se ha perdido la visión *jerárquica* tanto de lo real como del conocer humano⁵: los distintos niveles de verdad. En consecuencia, no se subordina lo inferior a lo superior y, en régimen de aislamiento, lo superior tampoco favorece a lo inferior. Por lo demás, nadie osa hablar de *principios*, los únicos que pueden lograr la síntesis en las demás dimensiones de lo real, porque teme ser tachado de ‘dogmático’. Tampoco se le ocurre decir que se puede conocer tales fundamentos, porque enseguida se le tilda de ‘pretencioso’. No obstante, “la verdad no tiene sustituto útil”⁶. Por lo demás, tomar lo útil como fin es un sinsentido, pues el interés por el interés carece de interés.

2. El débil estado actual de la fe

Si asistimos a una falta de optimismo en el ámbito del pensamiento, lo mismo cabe señalar respecto de la fe, pues ésta es, ante todo, *un nuevo modo, más*

⁵ La realidad ofrece muchos niveles. La distinción entre las diversas realidades es siempre jerárquica. A la par, los niveles del conocimiento humano para hacerse cargo de la realidad admiten más plantas que las ‘torres gemelas’, pero las aludidas corrientes de pensamiento se ciñen en exclusiva a unos pocos y poco relevantes actos del pensar. En consecuencia, si el pensar vuela en corto, lo conocido es escaso. Cfr. al respecto mi trabajo: “Si las distinciones reales y cognoscitivas son jerárquicas”, *Humanidades*, X/1 (2010) 153-179.

⁶ POLO, L., *Curso de teoría del conocimiento*, I, Pamplona, Eunsa, 1984, 278.

profundo o elevado, de conocer: estamos ante un desencanto respecto de lo sobrenatural que a duras penas los Romanos Pontífices logran paliar (a pesar de su abundante, plural y claro magisterio ejercido hasta el desgaste y deterioro personal). Para reparar en esta lacra, se pueden considerar estos tres aspectos:

a) *La fe es la elevación del conocer personal*. La persona humana, en su intimidad, es conocer, transparencia, luz; cada una es una verdad o sentido distinto que remite a Dios. La fe sobrenatural es precisamente la elevación de ese conocer, verdad o sentido personal⁷, no el desarrollo de la razón o el de los sentidos. Si el desánimo en el conocer natural personal se puede caracterizar como ‘pereza’, el de la fe se puede describir como en el s. XIV: ‘acidia’, es decir, ‘tibiaza espiritual’. El fruto del primero es el escepticismo, la perplejidad, la pérdida del sentido personal; el del segundo, la fe *fiducial*, es decir, una fe fracasada; una especie de sentimentalismo en el que lo creído es siempre falto de sentido (*‘quia absurdum’*). Tras el repliegue de la razón, y de la voluntad a fines del s. XIX, lo que le quedaba al hombre era atenerse a los sentimientos o estados de ánimo, una realidad humana menos activa que aquellas facultades. Ahora bien, si el hombre se mide por ellos se valora poco a sí mismo y se somete a estimaciones contrarias, porque los afectos son fluctuantes. Al advertir este extremo, se tiende a abusar de los sentimientos recurriendo incluso a aditamentos externos que los estimulen (sexo, drogas, alcohol...). Pero al pedirle a la afectividad una felicidad que ésta no puede dar, queda exhausta y aboca a una especie de aturdimiento. Además, como la afectividad mira al momento, el obcecarse en ella conlleva la falta de visión de futuro. Pero como el hombre es un ser de proyectos porque él mismo es un proyecto como hombre, en esa situación el hombre queda privado de sentido. De modo que estamos ante un pensamiento jubilado, una escuálida voluntad, una afectividad cansada hasta el estragamiento y un futuro obturado. Es obvio que la fe no puede crecer sobre esta tierra humana baldía.

b) *La sustitución del ser personal por el obrar humano*. ¿Por qué se ha producido esta situación en el hombre? Porque se ha buscado su valor radical en su *obrar* (intelectual, volitivo o afectivo) en vez de en su *ser*. Y como la fe no inhiere directamente en lo operativo del hombre (inteligencia, voluntad o afectividad), sino el *acto de ser* o ‘persona’ humana, una fe que pretenda girar sobre aquellas dimensiones operativas sin el arraigo en lo radical no es una fe sobrenatural verdadera, sino un sucedáneo *fideísta*. Si la filosofía que mayoritariamente se produce es desencantada, la fe que se acostumbra a vivir es desconfiada. Además, si la causa de la crisis de la filosofía ha sido liderada por los que se han llamado a sí mismos ‘filósofos’ sin serlo, la crisis de fe sobrenatural hay que buscarla en los eclesiásticos sin fe, vocación y formación (espiritual, doctrinal-religiosa, litúrgica, moral, pastoral-apostólica...). Si escasean los pensadores que den su vida – trabajo, prestigio, etc.– por la verdad, faltan los santos que la den a diario por la Verdad.

c) *Una alusión al futuro posthistórico*. Las preguntas últimas ni siquiera se plantean en filosofía y en teología. El destino humano y los novísimos, que constituyen la mayor novedad humana y cristiana, se abandonan como trapos viejísimos... Obviamente, el resultado es el ateísmo teórico y práctico⁸. Una filosofía y una teología centradas en asuntos humanitarios sin proyección trascendente son la jubilación de ambas disciplinas, la superiores del saber humano. La precedente

⁷ Cfr. mi trabajo: “El acceso a Dios del conocer personal humano”, *Studia Poliana*, 14 (2012) 83-117.

⁸ “La filosofía de hoy es atea en el sentido de no pensar en Dios: Dios no es tema filosófico”. POLO, L., “Filosofar hoy”, *Anuario Filosófico*, XXV/1 (1992) 51. Al profesor que trata de este tema le responden con problemas no pequeños, primero sus alumnos, luego sus autoridades académicas, y en tercer lugar la sociedad, hasta el punto de poner en juego no sólo su trabajo, sino su honor debido como ser humano.

afirmación tal vez se considere exagerada, pero para notar si verdaderamente lo es basta preguntarse: ¿Quién piensa hoy en serio en filosofía y en teología en el tema superior de ambas: el Dios que, por personal, es forzosamente pluripersonal? Es claro que hasta quienes son considerados ‘célebres’ en estas materias evitan los temas de fondo y se contentan con asuntos secundarios ofreciendo parciales comentarios a textos aceptados de ciertos autores de escuela, con lo que se convierten en epígonos de ellas que usan citas de salón. Claramente tampoco facilitan las cosas las actuales sedes de esos saberes, las universidades –con sus respectivas facultades– en las que, por ciertas directrices docentes y el aumento de actividades transitivas de todo tipo, prácticamente se impide que profesores y alumnos reserven la mayor parte de su tiempo al estudio de fondo, íntimo, pacífico.

La cima de la filosofía es la *antropología*, y la cúspide temática de ésta trata de la apertura personal íntima del hombre a Dios. Por su parte, la cumbre de la teología es la *dogmática*, en especial la referida a Dios, y la clave de ella pasa, para nosotros, en la apertura de Dios al hombre, apertura cuyo vértice es Cristo: la *crístología*. ¡Demasiadas metodologías y datos secundarios y escaso ahondamiento en el corazón humano y divino! Si se evita ahondar en ambas disciplinas en la vinculación hombre–Dios y Dios–hombre, respectivamente, la antropología y teología vuelan en corto. Para abordar hoy estos temas hay que sustituir categorías clásicas como ‘ser’, ‘libre albedrío’, ‘conocer racional’, ‘querer de la voluntad’, etc., por otras como ‘ser-con’, ‘libertad personal’, ‘conocer personal’, ‘amar personal’... A la par, hay que sustituir nociones modernas como ‘intersubjetividad’, ‘libertad espontánea’, ‘conocer autónomo’, ‘amor libre’, etc., por otras como ‘coexistencia’, ‘libertad de destino o vinculada’, ‘conocer como búsqueda personal’, ‘amor como aceptación y donación personales’... Y, desde luego, hay que evitar las categorías –clásicas y modernas– de ‘sustancia’, ‘individuo’, ‘hombre’, ‘sujeto’, ‘yo’..., porque éstas no son aptas para designar la intimidad personal humana y divina, ya que ambas son aperturas personales, mientras que esos términos no denotan radical apertura personal.

Lo que precede indica que, en rigor, no se puede conocer, ni naturalmente ni por fe, a la persona humana sin correlación con Dios y, asimismo, que no se puede conocer al Dios personal sin correlación personal con la persona humana que conoce⁹. Como las realidades personales son las más profundas existentes, y ambas se dejan hoy de lado, la pluralidad de problemas a las que el hombre actual se enfrenta con métodos parciales y faltos de ahondamiento quedan sin solución, de manera que se acaba mirando al hombre como un ser problemático, carente de sentido.

3. *Propuesta de solución: crecer en saber personal, natural y sobrenatural*

Si el hombre no se perfecciona, se detiene y decae. Puede perfeccionarse fundamentalmente en dos dimensiones: en su *esencia*: la inteligencia con hábitos adquiridos, la voluntad con virtudes...; y en su *acto de ser*, dejándose elevar por Dios, es decir, conociendo y respondiendo a la persona que está llamada a ser, en rigor, siendo fiel a la propia vocación personal.

⁹ Visto desde la antropología: “no se puede pensar adecuadamente sobre el hombre sin hacer referencia, constitutiva para él, a Dios”. JUAN PABLO II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, Bogotá Norma, 1996, 56; “La grandeza y razón de ser de toda persona sólo se encuentra en Dios”. Benedicto XVI, Viaje apostólico al Líbano, Encuentro con los Miembros del Gobierno, 15-IX-2012. Visto desde la fe: “Nuestra fe es profundamente antropológica”, JUAN PABLO II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, ed. cit., 56; “la fe es don de Dios y acción de la gracia que actúa y transforma a la persona hasta en lo más íntimo”. Benedicto XVI, *Porta fidei*, n° 10.

a) *Crecimiento sobrenatural y natural.* A quienes deseen crecer nuclearmente, y ayudar a los demás en esa dirección, se puede sugerir que si ‘la verdad’ les llama –todos notamos en nuestra intimidad esas llamadas–, que se dejen conducir por ella y que no se inquieten por el resto. El ‘resto’ admite hoy demasiadas modulaciones: dinero, títulos, amiguismo, currículum, ‘reunionitis’, dedicación excesiva de tiempo y energías a asuntos meramente metodológicos, pragmáticos, mails, papeles, etc. O, por lo menos, que sepan subordinar con audacia todo esto a aquello. Lo primero mira al futuro histórico y posthistórico; todo lo demás, al momento presente que pronto deviene pasado. La novedad está en el futuro, no en el presente y en el pasado. Respecto de tal novedad anima la *esperanza* personal. La esperanza es la elevación de la libertad personal. Es la misma persona la que deviene esperanzada al haber expandido su libertad destinándola a la verdad. Pero la esperanza personal no cabe sin *fe*, sin confianza en alcanzar el crecimiento personal con la ayuda divina y de cara a él. Y ambas son respaldadas por la elevación del amor personal, la *caridad*, la cual acepta el crecimiento otorgado por Dios y en orden a él. La solución para salir de la crisis pasa por una seria y todo lo completa posible *formación personal*, acudiendo a lo mejor de la tradición filosófica y teológica, pero no para recuperarlas como unas valiosas piezas de museo, sino para vivificarlas desde dentro haciéndolas propias e intentar proseguirlas, es decir, desarrollarlas en la medida de las propias fuerzas y con la ayuda divina, que nunca falta.

b) *El subjetivismo como enemigo.* Que no se confunda lo que precede con el ‘subjetivismo’, porque éste es sinónimo de *solipsismo*, mientras que se propone recoger, en apertura personal, los mejores aportes de las personas humanas a lo largo de la historia, y con la ayuda de las personas divinas. El subjetivismo indica independencia, no vinculación; está cerrado hacia fuera porque está cerrado hacia la propia intimidad. Inhibe el crecimiento interno y externo. Sin embargo, la persona humana es pura apertura, tanto hacia dentro como hacia fuera, y no crece como tal tirándose –por así decir– a sí misma de los pelos, sino por elevación divina y con el concurso de la ayuda personal de los demás. Por lo demás, el que no desee progresar en ese conocer ‘personal’ ya ha perdido, pues se despersonaliza. Tal mengua se da por lo que se puede llamar ‘pereza mental’, la cual deriva de la ‘soberbia’, es decir, de considerar que se sabe suficiente, que se está formado, que la propia es ya una ‘vida lograda’. Pero todo esto es tontería, es decir, muestra supina de ignorancia personal.

Otro enemigo no pequeño de la formación personal es la tendencia a dedicarse al aprendizaje fácil: conocer, sí; pero sólo lo sencillo y divertido (a ser posible con películas o novelas). En una época como la nuestra, de antihéroe y antivillor, esto puede sonar duro en los oídos del perezoso, pero es la única salida, y si tal aburguesado no lo ve, es no sólo porque no lo vive, sino porque ni siquiera se ha planteado en serio vivirlo.

c) *Los medios.* Para la formación ‘personal’: *estudio* ‘personal’. Y para el estudio: *tiempo*. En consecuencia, si una institución académica no deja tiempo ni energías, físicas y psíquicas, para proseguir en el estudio ‘personal’, está de más, carece de sentido, y terminará haciendo más mal que bien, pues impedirá el crecimiento ‘personal’ y ‘humano’ de quienes allí trabajan, de sus alumnos y de sus familias. Dos buenos aliados de la búsqueda de verdad personal son el *silencio* y la *humildad*. La búsqueda y encuentro con la verdad, se manifiesta en la ilusión en el estudio, en pegar la fiebre de lo sabido a los demás, en facilitar los medios para que otro se meta por los senderos del saber personal con menos tiempo y más fruto que quien le ha precedido.

Apéndice: Versión cristiana del crecimiento personal. Responder al sentido personal es, en rigor, y dicho teológicamente, ser *santo*. También en rigor, época

de crisis significa falta de santidad personal¹⁰. Pero, para ser santo, hay que ser heroicamente humano, no meramente parecerlo en los barnices manifestativos periféricos. En suma, ¿por qué estamos en aguda crisis? Por una falta de planteamiento de fondo acerca del *ser personal humano*, pues ni se sabe cómo es la persona humana ni se intenta saberlo. ¿Cuál es la salida de la crisis? El crecimiento personal, el cual no es viable sin el conocer personal, y éste progresa con la ayuda divina. A crisis más profundas, soluciones más profundas. Pero nada de este mundo es más profundo que el corazón humano. Si se desea buscar y ofrecer soluciones profundas, ¿por qué no atreverse a explorarlo?

En síntesis cabe decir que la salida de la crisis consiste en la personalización de la gente despersonalizada. Pero aunque la salida de esa pérdida de sentido personal requiere de la ayuda divina y de los demás, cada quién es libre de aceptarla o rechazarla. Con todo, la libertad personal se emplea a fondo en la aceptación, mientras que se desactiva en el rechazo. Por último, una pregunta, junto con su contestación, cuestión que está en consonancia con lo indicado: ¿Qué es educar? Respuesta: es ayudar a personalizar¹¹. Como no hay ni puede haber dos personas iguales, educar es ayudar a cada quien a que alcance a conocer y a ser la persona que está llamada a ser. Traducción cristiana de esa pregunta: ¿Qué es cristianizar? Ayudar a santificar. Como no hay ni puede haber dos santos iguales, cristianizar es ayudar a cada quien a que llegue a conocer y ser el santo que está llamado a ser. Lo demás no es sólo reincidir en la crisis, sino consagrarla.

Juan Fernando Sellés
e.mail: jfselles@unav.es

¹⁰ “El mundo contemporáneo presenta el fenómeno de unas muchedumbres en proceso de progresiva materialización, por pérdida del sentido escatológico de la existencia. Al recibir una herencia ya deteriorada las nuevas generaciones no continúan en el sentido ascendente de la historia”. POLO, L., *La persona humana y su crecimiento*, Pamplona, Eunsa, 1996, 129.

¹¹ Cfr. en este sentido: POLO, L., *Ayudar a crecer. Cuestiones de filosofía de la educación*, Pamplona, Eunsa, Astrolabio, 2006.